

siempre, ese médico miente á su conciencia, y á la dignidad de su apostolado.

Se muy bien que el apetito financiero no puede aprobar este régimen severo. Se que no podrá con esta conducta recibir el diezmo de los bienes del enfermo. ¡Guardadle pues! Haced pasar á ese pobre borrego á través de los zarzales de vuestro tratamiento, y que os deje una parte de su lana....

Hay otras personas que son incapaces de seguir un tratamiento sin interrupción. Aquí no se trata precisamente de impaciencia, sino más bien de negligencia, ó de inconstancia. Ya por una razón ó ya, por otra, suspenden las visitas ó las consultas del médico, y ponen así, en el hilo de las recetas, varias soluciones de continuidad. Para ser fiel al matiz de mi asunto—las comparo á un agricultor, quien, después de haber plantado un arbusto, lo desarraigara ó lo trasplantara de tiempo en tiempo, y se admirase después, de no verle nunca producir frutos.

Esas personas, después de la primera ó la segunda prescripción, se eclipsan por un mes ó dos, después reaparecen en el horizonte, y traen entonces, las respuestas más candorosas.

Uno dice:

Me sentí un poco mejor, y creí

que mi enfermedad iba á desaparecer por si sola.

—Otro:

Ese remedio no me purgó, no lo he sentido. Nada me hizo y estoy desalentado. Sin embargo quiero continuar mi tratamiento.

Acepta una nueva receta, toma un nuevo medicamento; pero al cabo de ocho días, encuentra que no está curado, y ya no vuelve.

—Un tercero:

He suspendido mi tratamiento durante todo el invierno, porque se dice que, durante esta estación, los remedios no obran.

Esa es, una de esas viejas preocupaciones que vivirá tanto, como las chilindrinas del hogar.

¡Como si la naturaleza tuviese suspensiones de crecimiento y de desarrollo!....

¿Las enfermedades no nacen durante el invierno? Aquellas que ya existían? no recorren tranquilamente—á pesar del frío, lo seco y lo húmedo, su sorda evolución? ¿Por qué, pues, los medicamentos se entorpecerían en la estación de los hielos? ¿Creís que sean más favorables en la primavera? ¿Entonces, los considerarís como plantas, y no véis en ellos, sino la savia y los botones?

¡Preocupación! ¡Vieja preocupación!

Sea lo que fuere, todas esas ra-

zones y otras más, hacen que los tratamientos interrumpidos, terminen en nada

Hé aquí, una causa de fracaso, más rica que todas las que hemos examinado. Aquí, se encuentran á la vez, las piedras, las zarzas y las espinas, la falta de sol y de humedad, y toda clase de aves del cielo que vienen á comerse el grano. Esta causa, es el régimen, con todos sus anexos y particularidades.

Los detractores de nuestra doctrina no dejan de atribuir al régimen severo que imponemos á nuestros enfermos todos nuestros éxitos negativos.

Ya habéis visto, el caso que se debe hacer de esta vana alegación.

Pero muchas personas,—por lo demás de buena fé—se imaginan que ese régimen, es de tal manera estricto y exclusivo, que al seguir un tratamiento homeopático, ya no hay modo de comer ni de beber.

Esta falsa persuasión contribuye, no poco, á alejar á los clientes de nuestros consultorios. Por eso, es preciso entendernos sobre esta cuestión, y explicarnos franca y claramente.

Se han dicho y esparcido á este respecto, las más raras excentricidades.

Así, unos creen que sometemos á una regla impracticable, las horas y el número de las comidas.

¡Error! no modificamos los hábitos de la mesa,—al menos, no hacemos sino las modificaciones exigidas en los casos individuales de las enfermedades, y sometidas á las reglas dietéticas generales.—¿Por qué queréis hacernos los imitadores de Celso, por ejemplo, quien aconsejaba, no hacer sino una comida, y no tomar en el resto del día, más que alimentos secos, y sin beber? ¿Por qué Séneca no vivía casi de otra manera? ¿quizá por economizar su tiempo, y para evitarse la molestia de lavarse las manos,—como él tiene cuidado, de decirlo— «Como pan seco, y sin ir á la mesa, y no tengo necesidad de lavarme las manos. Pannissicus et sine mensa prandium, post quod non sint manus lavandae.» (Epist. 83.)

Jamás hemos tenido la idea de dar semejantes preceptos.

A menos,—lo repito,—que el caso lo exija, nunca descendemos á los detalles gastronómicos.

Otros se imaginan con la más sencilla naturalidad, que la Homeopatía tiene un régimen general particular, y que todas las personas que siguen la práctica de esta doctrina, están obligadas á adoptarlo, y á permanecer sometidos á él toda su vida, enfermos ó sanos. Así, si se les prohíbe tal fruta,—por ejemplo,—creen que es para siempre.

Algunos me han confesado semejantes temores y aprehensiones, y muy agradab e era su admiración cuando les decía:—Una vez curado, podéis volver á vuestros hábitos.

¡Ved hasta dónde puede ir la superstición!

En fin, hay algunos que se privan de consultar á un médico homeópata, temiendo que les sea prohibido tomar baños, infusiones, tisanas, etc.,—que el vino, el café, la cerveza, los licores, el ajeno y el tabaco les sean severamente proscritos; que las especias de todas clases, la canela, clavo y aun la pimienta, y todas las salsas que excitan el apetito, se hallan en la lista de las cosas prohibidas.

No me sorprende de todos esos temores ó aprehensiones. Esto es, porque en efecto, la lista de las cosas prohibidas por algunos médicos homeópatas, es de tal manera larga, exigente y severa, que ya no hay medio de comer ni beber. Muy ciertamente, si yo estuviera en lugar de los enfermos que van á consultarles, mejor preferiría cien veces guardar mi enfermedad, que el someterme á su suplicio de Tantalo.

Todas esas exageraciones se explican muy fácilmente. Que en sus primeros días,—en sus días de ensayo, en cierto modo,—la Homeo-

patía fuese más severa, — hasta muy severa,—se concibe. Los éxitos no estaban todavía reunidos en hacecillo para sostenerla y defenderla, y sus nuevos discípulos rodeaban sus primeros pasos de las precauciones más minuciosas, como una madre vigila con inquietud los primeros y tímidos pasos de su hijo, y ciñe su cabeza con una chichonera para amortiguar las caídas.

Que en sus comienzos, un médico nuevamente convertido á la doctrina hahnemanniana, se a severo hasta el escrúpulo, esto se concibe también. Confieso que en mis principios tenía siempre miedo por mi pobre remedio infinitamente pequeño. Era un espejo, que el menor aliento podía empañar, una lucita que la más débil ondulación del aire podía extinguir; era un corderito, que el lobo iba á llevar al bosque.

Todo esto es natural. En esta época no se cree todavía; la fe no ha descendido aún al espíritu del neófito; y, buscando á tientas en las sombras de la duda, es muy perdonable caminar con paso poco seguro y vacilante.

Pero hay algunos que han permanecido todavía en las redes del escrúpulo, á pesar de la antigua fecha de su conversión y de su práctica. Esto depende necesaria-

mente de su temperamento y de su carácter particular. Así, sé de un antiguo é ilustre práctico, que da á sus clientes, con la consulta escrita, una hoja impresa en la que se hallan, en una lista sin fin, todas las substancias proscritas por un tratamiento homeopático. He visto esta lista y he quedado convencido,—sin haber tenido la paciencia de verla toda—que no había modo ni de comer ni de beber. Ciertamente, esto es para desalentar la confianza más robusta, es para legitimar el antiguo refrán: el remedio es peor que la enfermedad.

Bien me guardaré de hacerlos sufrir todos estos detalles, no tendríais la paciencia de escucharlos, ni yo de deciroslos.

En tal virtud, nada de exageración, nada de falsos temores, nada de supersticiones.

Los medicamentos homeopáticos no son ni tan sensibles ni tan susceptibles como se les cree, y como pueden pensarlo hasta ciertos discípulos de Hahnemann.

Y esto es preciso, porque, en el camino de hierro, por ejemplo, ¿cómo podría asistir á mis obreros, si yo fuese tan tímido y exigente? ¿Cómo podría yo excluir de su comida, los guisos de todas las casas, ó prescribirles alimentos aristocráticos? Ellos comen lo que encuentran sobre su mesa, comen lo que

come todo el mundo, y tienen razón. ¿Creeis que ellos se mostrarían muy fieles á mis prescripciones, si yo les prohibiese fumar su pipa después de la comida, y tomar cerveza y café el domingo, unico día para ellos, de asueto y de legítimos placeres? ¡Equivaldría tanto, como el prohibirles, entre semana, el manejar la lima y el martillo! Y sin embargo, los medicamentos obran, y sus tratamientos marchan muy bien.

Ahora voy á referiros un fragmento de una consulta que escribí esta mañana á uno de mis clientes del campo, á quien curo por correspondencia. Creo deber hacer notar aquí que, cada uno es responsable de sus opiniones personales.

Ese enfermo hacía algunos años que estaba atacado de dolores reumáticos. No habiendo obtenido ninguna mejoría en su afección, por la medicina ordinaria, se ha dirigido á la Homeopatía hace solamente algunos días. Hé aquí—después de lo concerniente á la administración de las medicinas,—lo que le escribí á propósito del regimen.

“No cambiéis absolutamente nada en vuestros hábitos. Desde hace veinte años,—decís—tomáis café después de vuestra comida, continuad tomándolo. Estáis le-

bituado á los alimentos cargados de especias y á una cocina suculenta. Algunas veces tomáis cerveza y licores, y no habéis tenido ninguna incomodidad. Tenéis, en fin, habituada la lengua á fumar, yo no os hago ninguna modificación, ni en vuestro regimen, ni en vuestra manera de vivir. Conservad la franela, puesto que la lleváis hace mucho tiempo. Tenéis un cautério en la pierna derecha, me cuidaría mucho de aconsejaroslo, si no lo tuviéseis, pero como vuestro organismo lo ha tolerado, también me guardaré de aconsejaros el que os lo quitéis. Nutridlo como un parásito molesto.»

«Sin embargo, en cuanto al regimen, estoy obligado á hacer una ligera restricción. No viváis exclusivamente de carnes, y no prefiráis, sobre todo, las carnes mortecinas. Os hago esta observación en particular, en vista de la naturaleza de vuestra enfermedad; en cualquier otro caso, podría dejaros libre.»

«En cuanto á los olores y perfumes, de los que me habláis, no seáis escrupuloso, pero sed prudente; huid los olores fuertes, pero sobre todo, el del alcanfor, porque el alcanfor es el antidoto de las medicinas homeopáticas, en dosis infinitesimales.»

«No uséis, además, de ninguna

clase de friegas, pomadas, tisanas, infusiones, etc. Permaneced en la observancia estricta de las prescripciones que tengo el honor de enviaros.

«Os recomiendo, en fin, fijaros en el estado atmesférico, para vuestros paseos. Evitad, sobre todo la humedad, y tratad de resguardar vuestro cuerpo contra el frío muy intenso, ya no exponiendoos demasiado al aire, ya rodeandoos de todas las precauciones que reclama la estación en la que váis á entrar.»

Si os indicara los remedios que tomará ese consultante, y su modo de administración, podríais apercibiros que nuestros tratamientos no son cosa muy dura para soportarlos, y que siguiéndolos, —hasta con una rígida observancia,—hay medio de vivir y conservar hábitos muy cómodos.

Sin embargo, no se debe caer en un exceso contrario, y por una complacencia muy elástica,—que se convertiría en negligencia,—no se debe dejar la rienda suelta. ¡Pues bien! queriendo reprimir precisamente este abuso, queriendo aplicar las reglas dietéticas á cada caso particular, y queriendo retener á los enfermos en la vía de una sana prescripción, es como nos exponemos á fracasos muy frecuentes é inevitables.

En los casos agudos, la cosa es fácil, y los enfermos no cometen nunca pecados de trasgresión respecto á la ordenanza del médico. En este caso, el apetito no tiene caprichos, no tiene ni aun voluntad, puesto que duerme. Ninguna inclinación viene á solicitar y á seducir al enfermo, puesto que todos sus hábitos duermen también. No hay que temer más que á las tabaqueras alcanforadas y á los atavíos almizclados. Con excepción de esto, los remedios no encuentran ningún obstáculo en su marcha y en su acción.

Pero en los casos crónicos, el médico tiene mil causas de inquietud, y mil razones para no dormir tranquilo, respecto al resultado de sus prescripciones.

Por tanto, á propósito de hábitos, no se debe desarraigarlos cuando son muy antiguos. En general, se debe respetar el equilibrio del organismo. El mismo Hahnemann, que tenía para el café una enemistad un poco exagerada, no lo prohibía á los tomadores inveterados.

Conocéis el hecho extraordinario de ese prisionero quien, después de haber permanecido veinte años encerrado en una masmorra, se había de tal modo acostumbrado al aire infecto del que se nutrían sus pulmones, que cuando se

le puso en libertad, cayó enfermo al respirar el aire puro, y pidió su antigua cloaca para recobrar la salud.

En tal virtud, es preciso respetar los hábitos. Pero, de esto, á permitirlo todo, hay mucha distancia. Si se les debe respetar en los que los tienen, todo se debe hacer para que no nazcan en los que no los tienen.

Por tanto, es muy prudente prohibir en general el abuso del café, de los licores, de los ácidos, de las especias, de los excesos de cualquiera clase, en una palabra, las transgresiones á estas reglas higiénicas, nulifican mucho los tratamientos.

Por lo mismo, también, respecto á los olores, la Homeopatía no es su enemiga declarada, y no lanzan contra ellos sus bulas fulminantes.

Si, en efecto, nuestra doctrina, es la verdad en medicina, es preciso—como para todas las verdades—que su aplicación sea fácil, para ser general. Si, pues no pudiese de ninguna manera simpatizar con los olores, ¿cómo podría asistir á los perfumistas, por ejemplo? ¿Cuáles serían sus garantías de porvenir, si arrojase del seno de su práctica, á todas las personas que por gusto, ó por oficio, viven en medio de todo género de ema-

naciones? Entonces, por poco que exagerase sus órdenes, prohibiría pasar delante de una tienda de un peluquero, ir á pasearse en los jardines, y sentarse debajo de los árboles con flores. Era preciso entonces, en la primavera, quedar debajo de una campana, y borrar del calendario al mes de Mayo.

Más, tened cuidado, del uso al abuso no hay más que un paso; hoy sobre todo, bajo el reinado de un lujo insensato, y de todas las locas exigencias del tocador. Entrad á la casa más insignificante, id á visitar el tocador menos pretencioso; ¿qué encontráis? Elixies, polvos y opiados dentríficos, agua leucodermina, jabón lenitivo perfeccionado, crema de jabón lenitivo, vinagre aromático de Bully, lagua de javande ambarina, agua austral, aceite de avellanas perfumado, cold-cream superior, agua de Colonia superior, pastillas orientales, espíritu de menta, superfino, pomada philocoma, etc., etc.

Y después se admiran las señoras de tener su cutis manchado, de padecer jaquecas terribles, y de verse obligadas á llevar, ¡treinta años, dientes postizos, y cuarenta, la peluca!

¡Y después se admiran de que los medicamentos no obren, y de que las enfermedades permanezcan siempre en su albergue perfumado!

¡Y hay quien diga que la Homeopatía es la medicina de los tocadores..... diga mejor que, ella es la medicina del pueblo y de los talleres!.....

Habéis visto que, en mi carta dirigida á ese consultante extranjero, le aconsejaba huir del alcanfor, como el antídoto de todas las medicinas homeopáticas.

Sí, en vez de comparar nuestro asunto á un campo destinado á la miés, lo hubiéramos comparado á la viña, os hubiera dicho, que el nuestro tiene también una enfermedad que, compromete muy á menudo nuestras cosechas. El alcanfor, en efecto, es el oidium de nuestra vid farmacéutica. Evidentemente, cuando los remedios están á dosis macizas, hay menos peligro para ellos; pero cuando están en el estado fluídico, sofoca á todos; y esto es, porque así es.

A esta cuestión del régimen, pueden referirse varias consideraciones secundarias no menos importantes.

Así, muchas personas, cegadas por una enojosa prevención, y persuadiéndose de que las prescripciones del médico homeópata, son muy exclusivas y muy severas, no quieren someterse al régimen apropiado á su enfermedad particular. Cuando otro médico ordena la abstinencia de tales ó cuales alimentos,

ó aún una dieta casi absoluta, se le escucha y obedece; sus órdenes son recogidas con paciencia y resignación; pero, cuando esas órdenes emanan de nuestras justas prescripciones, no hay medio de hacerlas observar.

Durante cierto tiempo, asistí á un enfermo atacado de gastritis crónica; jamás pude llegar á hacerle adoptar el régimen que reclamaba estrictamente su enfermedad.

Vuestro régimen es más severo que el antiguo me decía siempre, puesto que no puede de ninguna manera transigir con mis hábitos; y vuestras medicinas son mucho más delicadas que las otras, puesto que las rodeáis de tantas precauciones.

—Pero, señor, le decía yo, no es con respecto á las exigencias de nuestra doctrina, ni en vista de la susceptibilidad de nuestras medicinas, por lo que os prohibo el café, el tabaco, los licores y los ácidos, las carnes demasiado succulentas y los alimentos llenos de especias. La naturaleza de vuestra enfermedad es la que me dicta esos consejos, y si os curara por la antigua medicina, daría á vuestro régimen las mismas prescripciones.

Pretendéis que nuestras medicinas son más delicadas que las otras, participáis, en esto, de un

error, desgraciadamente muy esparcido.

Mas, por otra parte, ¿qué es necesario para desarreglar el juego de todos esos sabios mecanismos que acaba de descubrir el progreso? ¡Ved!..... una nada puede entorpecer las palancas de una locomotora, y paralizar su impetuosa carrera. Una nada puede interrumpir la corriente de un telégrafo eléctrico, y helar un mensaje en el hilo. Una nada puede descomponer una operación de fotografía, y entonces la placa no presenta sino una prueba negativa, ó velada por los matices más confusos.

Lo veis, todas las potencias fluidicas son susceptibles. ¿Por qué, entonces, no queréis conceder una poca de indulgencia á nuestros fluidos medicinales?

Pero en vano en cada consulta agotaba mis argumentos para convencerle; todo era inútil, me parecía que hablaba á un académico de Viterbo.

Esta es la impaciencia llevada hasta el absurdo. No entraré en ningún detalle: citaré solamente el hecho de un joven á quien curaba de una oftalmía muy intensa. El pretendía poderse curar yendo á pasearse con un frío muy intenso, y sobre todo con un aire muy fuerte, que levantaba nubes de arena y cegaba á los que estaban obliga-

dos á salir. Nunca pude hacerle comprender que, en su estado, era preciso poner los ojos al abrigo de la luz y de las corrientes de aire.

Hé aquí enfermos más impacientes todavía que Luis XIV. Con igual gusto sería el cirujano de un escudero quien, habiéndose fracturado una pierna, quisiera obtener la soldadura continuando á montar á caballo.

Haré mención, para concluir, de una causa de fracaso que por fortuna es muy rara y excepcional. Quiero hablar de la preparación de las medicinas y de su administración.

Está fuera de duda que, para obtener una buena cosecha, es necesario sembrar buen grano. Los farmacéuticos y sobre todo los nuestros—deben ser concienzudos y—me regocijo en decirlo—todos lo son. Si fuera de otra manera, en vez de dar recetas á nuestros clientes, preferiríamos mejor enviarlos á sacar agua de la fuente vecina; á lo menos, esto no les costaría nada. Si nuestras medicinas estuviesen mal preparadas, nos sucedería lo que pasó un día á un profesor de química. Había dispuesto, sobre una cubeta de mercurio,

probetas llenas de hidrógeno, oxígeno y ázoe; algunos discípulos disipados se pusieron de acuerdo, antes de la cátedra, en levantar esas probetas; los gases se escaparon, y fueron reemplazados por el aire incoloro como ellos, y cuando el profesor quiso hacer sus demostraciones, sus experiencias fueron mudas.

Nada diré de la administración de los medicamentos, á cada médico le toca explicarse bien, y tener la vista vigilante.

Tales son los elementos de nuestros fracasos. Es bueno que se les conozca, pero también es bueno explicarlos. La confesión es necesaria, pero la justificación debe ser permitida.

Escuchad ahora la continuación de la parábola:

«Ninguno enciende una lámpara para cubrirla con un vaso, ó para ocultarla debajo de su cama, sino para ponerla en un candelero, á fin de que los que entren en la casa vean la luz.

«Porque no hay nada secreto que no deba hacerse público, ni nada oculto que no deba ser descubierta.

«El que tenga oídos para oír, oiga.»

DECIMA TERCERA CONFERENCIA.

¿HASTA CUANDO?..

Permitidme suponer que la práctica de la sangría no existe, ó que, al menos no la conocéis, y jamás habéis oído hablar de ella.

Permitidme suponer además que, un viajero, después de una larga y lejana exploración en los países del mundo más desconocidos, os hace la narración siguiente:

Dirijiéndome hacia el norte, después de haber dejado el Océano Pacífico, y atravesado el estrecho de Behring, me alojé en el archipiélago Aleuciano. Un día, antes de llegar á Alaska, descubrí una isla, ignorada de todos los exploradores, y que todavía no ha figurado sobre la carta geográfica.

Esta isla es muy vasta y muy poblada; está habitada por hombres casi salvajes, y enteramente desprovistos de civilización.

En esta isla, reinan las costum-

bres más extravagantes. Hé aquí una de las que más me han sorprendido.

Los médicos,—porque también allí hay, como en todas partes, ¡y qué médicos Dios mio!—tienen sobre los enfermos derechos de vida y muerte; llevan siempre á sus visitas, una cajita que contiene cinco ó seis cuchillos, de lámina móvil, aguda y cortante por ambos lados.

Y cuando esos médicos han aparentado examinar á sus enfermos, á propósito de nada,—por no decir siempre,—sacan de su cajita, uno de esos pequeños cuchillos y lo introducen con bastante habilidad, en el brazo de esos pobres pacientes.

Por esta maniobra,—se dice,—hacen correr la sangre de esos desdichados, y en regular cantidad-